

Cada alma tiene un jardín secreto

Todos necesitamos nuestro jardín secreto. Todos precisamos de un espacio emocional y creativo donde podamos oxigenar nuestro Ser, conectar con nosotros mismos, dar un espacio al niño interior, expresarnos en libertad, aparcar el ego y sus mecanismos de defensa. Un espacio en el que nos permitamos VIVIR en mayúsculas, conectar con la alegría, dejarnos en paz, dejarnos ser, dejarnos amar y ser amados, llegar a la esencia olvidada de nosotros mismos donde sentimos que la vida tiene sentido, es un milagro, merece la pena ser vivida.

Un jardín secreto no es, bajo mi punto de vista, un lugar oscuro donde todo vale, donde nos soltamos a cualquier precio, donde no tenemos en cuenta al otro para satisfacernos a nosotros mismos egoístamente, no es un «yo primero». Un jardín secreto no es eso, no. Tampoco debería ser

entendido como una huida, como un mero refugio en el que soltamos nuestras pasiones sin evaluar las consecuencias, no es un lugar para la inconsciencia y el placer egoísta que nos lleven a olvidar la realidad que nos rodea, no debería ser la explosión con metralla de nuestra sombra. No. Quizá podríamos entenderlo más como un espacio de reencuentro, de exploración, de alegría. El jardinero ama su jardín, lo cuida, lo vela, está por él, permanentemente. Es su espacio sagrado. El lugar en el que se entrega, se conoce, se reconoce, se crea, se recrea desde el amor y la consciencia. Un jardín secreto es, debe ser, por definición, un lugar bello, cuya belleza no es casual, sino el resultado de poner armonía y amor en él desde la lucidez. Un lugar del que salimos renovados por la luz del amor, en cualquiera de sus dimensiones, desde la ternura hasta la pasión.

Además, todo jardín implica, necesariamente, belleza. Puede ser una belleza natural, en la que cada rincón, a pesar de parecer silvestre, ha sido guiado y cuidado por la mano del jardinero. Un lugar donde las esencias son las que definen, donde la intimidad es la llave de entrada, donde la desnudez en cualquiera de sus dimensiones carece del pudor que nace del mie-

do y emerge de la necesidad profunda de encuentro con el otro.

Hay jardines secretos tiernos y apacibles, espacios de conversación verdadera, de encuentro sincero de almas que se han sentido solas hasta la depresión. Los hay apasionados e intensos, entornos donde la piel y la caricia son caminos y destinos del encuentro. Sea como sea en el paisaje de un jardín secreto hay, quizá, un factor común: el *entreveramiento* de almas. La palabra *entreveramiento* no existe en el diccionario, pero con ella quiero expresar el enlazamiento de dos almas, de dos caminos existenciales que se encuentran y se trenzan en el alma, en las palabras y en la piel, sabiendo que todo destino es incierto, pero que lo que importa es el presente y la calidad que podemos crear en él. De ese *entreveramiento* de almas casi siempre emerge una nueva dimensión en la consciencia: el reconocimiento de una parte de nuestro Ser que permanecía oculta y agazapada por el miedo, el conformismo o los cientos de «noes» que hemos ido haciendo nuestros a lo largo de la vida y que nos han ido enterrando en el alquitrán de la resignación y la tristeza. Quizá la característica común de todo jardín secreto es la plenitud, la alegría y la serenidad que nos brindan cuando

estamos en ellos e incluso cuando evocamos su recuerdo. Son el alimento de nuestra alma.

Escribo esto, y viene a mi memoria un fragmento del poema *La invitación*, de Oriah (Mountain Dreamer). Un fragmento que es una llamada a descubrir qué contiene nuestro jardín secreto, y que reza:

No me interesa saber
cómo te ganas la vida.
Quiero saber
lo que ansías
y si te atreves a soñar
con lo que tu corazón anhela.

No me interesa
cuál es tu edad.
Quiero saber
si te arriesgarías
a parecer un tonto
por amor
por tus sueños
por la aventura de estar vivo.

No me interesa
qué planetas están
en cuadratura con tu Luna...

Quiero saber
 si has llegado
 al centro de tu propia tristeza,
 si las traiciones de la vida te han abierto
 o si te has marchitado y cerrado
 por miedo a nuevos dolores.

[...]

Quiero saber
 si puedes estar solo
 contigo
 y si en verdad aprecias
 tu propia compañía
 en momentos de vacío.

Este texto, más oración que poema, que nos regaló Oriah contiene en cada una de sus frases una invitación a entrar en nuestro jardín secreto. En cada una de las segundas partes de las estrofas que lo componen, las que se inician con un «Quiero», se nos invita a mirar hacia nuestro interior, hacia lo esencial, hacia nuestro propio jardín. Elijamos algunas, al azar:

- Quiero saber lo que ansías, y si te atreves a soñar con lo que tu corazón anhela.

